

Francisco Hernández

Lucidez en el desastre

Vicente Quirarte

El 20 de junio pasado, Francisco Hernández llegó al año setenta de su edad. El FCE y Almadía publicarán en breve su poesía completa. Odioso caballo es el título de su más reciente libro de poemas, aparecido bajo el sello de la segunda casa. Con ese motivo tuvo lugar una presentación en la cual participaron Eduardo Lizalde y Vicente Quirarte, quien leyó el texto que aquí se reproduce.

En un tiempo cercano al Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1982, otorgado a su libro *Mar de fondo*, Francisco Hernández, publicista exitoso y poeta en su rostro más oculto y verdadero, viaja a la ciudad de Nueva York. Su propósito principal no es visitar las riquezas del Museo Metropolitano de Arte sino conocer el estadio de los Yanquis. Retrato de ciudad con poeta, describe lo más admirable de Francisco: antiolemnidad insobornable, niñez permanente, capacidad para transformar postales pasajeras en imágenes indelebles, visiones fugaces en objetos verbales que nos perturban, transforman e iluminan. El resultado se encuentra en el viaje consignado en el libro *Oscura coincidencia*, donde la voz del que escribe da testimonio de lo que el viajero vive, y descubre a un niño que lo contempla en la Ribera del Lado Este.

Por lo que asoma bajo su gorra
en mi pueblo lo llamarían “pelo de elote”.
Trae pantalones cortos, botas vaqueras y camiseta
a rayas.
Me ofrece una pelota de beisbol como si fuera
una manzana.

A señas pide que me acerque:
quiere decirme algo
al oído.
Me acerco, pronuncia la fecha de mi muerte
y desaparece.

No importa que el poeta haya tenido o no esa experiencia. Lo notable es que hay en esa cápsula de tiempo y espacio un mundo de existencia autónoma y eterna. El calculado azar ha regido cada uno de los pasos de Francisco Hernández y, al buscar un separador para la lectura del libro *Odioso caballo*, me encontré una de las tarjetas anuales de la editorial Pre-Textos. Cuando terminé la primera lectura, la tarjeta me proporcionó una posible poética hernandiana: “Lo religioso verdadero no quiere reinar, sino modestamente ser”. Firma Ramón Gaya. La frase, perteneciente a una de las *Anotaciones inéditas* del pintor valenciano, me llevó a otro momento del periplo neoyorquino de Francisco. Al abrir una galleta en el restaurante más oscuro del barrio chino, encuentra no una frase que lo conduce a la felicidad artificial, reiterativa y mediocre, sino un mandamiento que él se ha



Francisco Hernández

impuesto como fe de vida y nos ha obligado a seguirlo, buscarlo y querer a su poesía y al hombre detrás de ella: “Mejor que tintinear como el jade es retumbar como las rocas”.

Utilizo la primera persona del plural no como el corbarde *nosotros* detrás del cual nos ocultamos, sino porque estoy cierto de que estar en este sitio privilegiado —en compañía de dos poetas que nos han marcado con acero al rojo de por vida— me obliga a hablar en nombre de quienes deseamos agradecer la permanencia de Francisco Hernández en cada uno de nosotros. El presente se anuncia como un homenaje. En descargo de esa palabra tan intimidatoria, debemos comenzar por decirle que respire hondo y se relaje, pues el homenaje nos lo ha hecho él, de manera creciente, a lo largo del tiempo en que ha convertido las palabras en orgullo supremo de la tribu.

“La poesía es un instrumento de investigación”, escribió Jorge Cuesta. Veracruzano como él, al igual que Rubén Bonifaz Nuño y Salvador Díaz Mirón, todos artífices mayores, Francisco Hernández ha sabido cultivar y enseñarnos la verdad de esa frase: cada verso suyo tiene *la sonora oscuridad del hueso*. No se trata de pulir la forma sino de que el misterio, sin dejar de serlo, se revele en la palabra. Alejado de la academia y escuelas literarias, siempre inseguro y por eso doblemente grande, ha consagrado lo mejor de su vida a interpretar los mensajes que todos recibimos pero no todos tenemos la capacidad de traducir. Su influencia unánime en los jóvenes proviene de la efectividad de su poesía pero tam-

bién de su congruencia, de haber abandonado una muy bien remunerada trayectoria de publicista y servir a la poesía del único modo en que lo puede y debe hacer un hombre de palabra. El poeta es un ser proclive a recibir el rayo porque ha entrenado sus sentidos para hacerlo. Lobo cazador, tiene mayores armas para enfrentar la vida, y al mismo tiempo se ve cada día más solo y aúlla a la luz de la Luna sin otra riqueza que su belleza helada.

Cada nuevo libro de Francisco es una lucha contra el lugar común. Cuando nos quita paulatinamente la respiración y nos deslumbra con sus hallazgos, cuando creemos estar al final de nuestro recorrido por la cuerda del equilibrista, da un giro sorprendente y nos obliga a aceptar la caída, sin redes protectoras.

Nuestro poeta sostiene que él no lee novelas. Tampoco las escribe. Sin embargo, en su ejemplar arte de sustracción ofrece las novelas que nosotros, lectores en ausencia, debemos completar. Así ocurre con la historia de Clotilde Porras, incluida en el poema “Paterson la horrible”, donde reaparece, amplificado, el tema del viaje en un fulgurante atisbo al corazón de las tinieblas. Como sucede en otros de sus libros, en *Odioso caballo* abundan nombres y referencias. Lo ejemplar es que Francisco se ha liberado paulatinamente de la carga culterana común a su generación y ha obligado a que cada uno de sus versos exista por sí solo. Los entrecruzamientos y las citas no son exhibiciones de lo que el poeta ha leído, sino doble deber para el lector que asiste a la transfiguración de san Jerónimo, Athanasius Kircher o William Carlos Williams.

Francisco Hernández no ha podido ni ha querido sustraerse a nuestra violencia cotidiana. Sin darse golpes de pecho ni rasgarse las vestiduras, sin montarse en el oportunista tren de los lamentos, en este libro se encuentran algunos de los más eficaces y valientes versos sobre el drama de nuestro país de sangre y fuego.

En la década de los sesenta del siglo pasado, tras la Revolución cubana y los movimientos de liberación, tuvo éxito la expresión “poesía comprometida”. ¿Qué poesía verdadera no está comprometida con el lenguaje y con quienes han aceptado la existencia marginal de los que hacen de las palabras realidades? Francisco Hernández ha mantenido siempre una lucidez implacable. Cruel en la herida que abre, luminoso y benéfico en la curación consecuente. Evoco, entre muchos, uno de sus poemas a los que con más frecuencia regreso, “La degradación de la primavera”, donde sólo el humor negro atempera la sensación de vivir, como subraya en este nuevo libro, en “un punto imantado, inmundo y a la vez atractivo, donde más de cien millones de personas luchan por sobrevivir”.

Unas palabras sobre la edición que nos congrega. Por regla general, los libros de poesía ilustrados son tan abominables como aquellos precedidos de un prólogo. La editorial Almadía ha logrado superar el escollo gracias al buen gusto y el talento plástico de Alejandro Magallanes y la capitanía de Guillermo Quijas. No se trata de ilustraciones sino de un trabajo paralelo del diseñador y del poeta: a lo largo de las páginas de *Odioso caballo* resuenan los cascos equinos en todas sus formas: el caballo etrusco de la portada, el *collage*, el pincel seco y la plumilla se unen para concertar un todo en que el caballo se convierte en un caleidoscopio de las imágenes de Dios y Dios en sí mismo, un Dios aparentemente fracasado en la creación y seguimiento de sus criaturas. De la misma forma en que al aproximarse a la obra plástica de un artista como Ismael Moreno (que firma Moris) el poeta ejerce con nosotros *los privilegios de la vista* —como nos enseña otro gran poeta—. La arquitectura de papel en el libro es admirable, y las solapas rojas, que sólo podemos ver al desplegar el vuelo, al abrir plenamente el libro como invitadora papiroflexia, evocan las suelas escarlata de los zapatos diseñados por Christian Louboutin, mayúsculo homenaje al suelo pisado por ángeles que llamamos mujeres.

En un fragmento de *Los cantos de Maldoror*, el conde de Lautréamont blasfema contra Dios como tal vez no lo había hecho nadie antes de él. Lautréamont nunca tuvo piedad consigo ni con sus lectores pues estaba seguro de que esa era la única forma de salvación posible y de crear gran arte, como nos enseña nuestro maestro Eduardo Lizalde. El blasfemo supremo es el más próximo a Dios. Otro gran maldito, Arthur Rimbaud, lo supo sintetizar así: “El combate espiritual es tan brutal

como la batalla entre los hombres. Pero la visión de la justicia sólo pertenece a Dios”.

Al buscar el fragmento de Lautréamont donde confronta a Dios me encontraron estas palabras en el prólogo de Ramón Gómez de la Serna, que parecen escritas esta misma mañana también para Francisco: “Ese orgullo fiero y sostenido que hay en ti es el que puede poner tregua y orden entre los hombres. Que todos sean tan orgullosos como tú y eso evitará que tomen nada de lo de los otros”.

Desde sus primeros poemas, Francisco Hernández supo que todo poeta tiene la obligación de ser y estar maldito. Sólo de esa manera se está cerca de lo que llamamos Dios. Su odioso caballo relincha y cabalga con más transparencia y sabiduría, con más espontaneidad y fuerza que el caballito cerrero que también sabe perder o elevar a sus devotos. Gracias demos a Francisco Hernández por encontrar belleza en el pantano, por mantener y enseñarnos la lucidez en medio del desastre. **u**

Francisco Hernández

Odioso caballo

